

# Después de las carreras

Margo Glantz

*Ganadora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances del presente año, Margo Glantz nos otorga en este texto una crónica, plena de sentido del humor y de ironía, sobre una vivencia en las famosas carreras hípicas de Ascot en Inglaterra, rodeada de la realeza británica.*

Recibo una invitación del Palacio de Buckingham, de parte de su Majestad Isabel II, invitación expedida desde el gabinete de protocolo de la reina del imperio más poderoso del mundo, hoy en decadencia; estoy invitada con mi hija a presenciar las carreras de caballos en Ascot, pequeño pueblo de Berkshire, cerca del castillo de Windsor, otra de las residencias reales; allí tienen lugar nueve de las treinta y dos carreras anuales de caballos de pura raza que se celebran en Inglaterra. Asociadas con la familia real, son las más concurridas y ser invitado a ellas representa una distinción especial. Las conocía por haber visto dos películas famosas, basadas en un melodrama de Bernard Shaw, *Pigmalión*, muchas veces representado en el teatro; en el cine, por Leslie Howard y Wendy Hiller, y, más tarde, en un musical donde actuaban Rex Harrison y Audrey Hepburn. Shaw pensaba que los ingleses no tenían respeto por su lengua y no la enseñaban a sus hijos, la hablaban mal y la pronunciaban peor, por eso y para corregirlos escribió su drama *Pigmalión*, a manera de recetario lingüístico. ¿A ello se debe que haya escogido como escenario principal de su drama un hipódromo?

Resumo: me habían invitado a mí y a mi hija a las carreras, ceremonia oficial a la cual hay que ir vestido de manera reglamentaria, las mujeres con sombreros elaborados, trajes elegantes, perfectamente diseñados, bien cortados pero decentes; el protocolo prohíbe —¿prohibía?— las prendas que enseñan demasiado, los hom-

bros, los pechos o el ombligo y, claro, nada de minifaldas; los trajes pantalón deben ser de buena calidad, de una misma tela y color semejantes a los que se exhibían en los desfiles de Giorgio Armani, regla aún vigente, aunque Paula y yo fuimos a Ascot a finales de la década de los ochenta, en pleno dominio de Margaret Thatcher, otra de las damas de hierro que Inglaterra ha padecido, quien aseguraba cuando la entrevistaban para la televisión que su ropa interior la compraba en Mark's and Spencer, tienda para la gente de clase media y media baja.

En Ascot los caballeros deben usar obligatoriamente el traje de etiqueta gris o negro, chaleco y sombrero de copa, mismo que deberán quitarse en lugares cerrados o en los palcos. Las mujeres se los dejan puestos, de otra forma, ¿qué pasaría con sus peinados? Tanto los trajes como los sombreros masculinos pueden alquilarse por el módico precio de ochenta y nueve libras esterlinas o comprarse por sólo cuatrocientos noventa y nueve, aunque se usen únicamente una vez; en cambio, los aristócratas disponen de un vestuario propio, apabullante, inagotable.

La reina Isabel tiene un sombrerero a domicilio, parecido al que servía a la reina roja en *Alicia en el país de las maravillas*.

Faltan dos días y aún no sé qué ponerme. Estoy asustada. Insisto: se trata de una ceremonia elegante, un acon-

tecimiento social, al cual jamás volverán a invitarme, más vale que vayamos vestidas convenientemente. Paula escoge un vestido blanco de algodón con flores lilas, parecido a los que se usaban en los años cincuenta, de nuevo a la moda desde esta primavera. Se lo pone y parece una colegiala anterior a la guerra de Vietnam; lo compró en Benetton (la tienda que nos otorga un aspecto deportivo y democrático a quienes compramos sus modelos). No lo apruebo, se molesta cuando se lo digo y prefiero no volver a mencionarlo, ni con la mirada. Yo me pongo un vestido con un estampado blanquinegro de tipo abstracto que me costó muy caro hace tres años en una tienda famosa de Nueva York. Tiene un ligero desgarrón en la falda, lo reparo y verifico que nunca me ganaré la vida dedicándome al zurcido invisible. Escojo un sombrero de paja, no de Italia, sino de Camden Town, donde todos los sábados se pone un bazar muy concurrido. Es de copa ancha, muy clásico con listones negros que contrastan con el tono de la paja, me costó cinco libras y me da un aire ligeramente parecido al de la heroína de *A Room with a View*, varios años después. Mis zapatos los he comprado en King's Road, finos, pero no de diseñador.

Dos jóvenes vienen a buscarnos, uno gordo, el otro flaco. ¿Stan y Laurel? No exactamente, quizás el gordo. Llegan ataviados con sus trajes y su sombrero alquilados. Pasamos por la casa del gordo, allí nos esperan varias jovencitas despampanantes vestidas a la última moda,

con sombreros comprados en Harrods, la tradicional tienda de departamentos inglesa situada en Knightsbridge, de la que ahora es dueño —para escándalo de los ingleses, ¿ya lo era entonces?— el padre del que luego fuera amante de Lady Di (el almuerzo es también de Harrods). Sacan varias botellas de champagne del refrigerador, mientras esperamos que se reúna el grupo que abordará una *limousine* de veinte plazas.

El viaje se inicia con un embotellamiento, todos los automóviles se dirigen a Ascot. Aterrizamos por fin en un inmenso prado de los que tardan trescientos años en volverse ingleses. Tirados en el césped, varios grupos vestidos primaveralmente en color pastel del tono exacto de los que utilizaba William Turner para algunos de sus paisajes. Las mesas repletas de bocadillos deliciosos. Devoramos sándwiches de langosta, pepino o queso, pastelillos, vino blanco o champaña bien helados. Brindamos con los vecinos y tratamos a toda costa de imitarlos, como si descendiésemos de Darwin.

De repente, los movimientos sinuosos de la gente nos advierten que el gran acontecimiento está a punto de empezar. Nos levantamos, nos sacudimos el traje, tratamos de desarrugarlo y de eliminar las manchas —Paula, no yo— que el pasto verde ha impreso en los vestidos claros y nos ponemos los sombreros. Caminamos despacio, nerviosas: nuestro trote se ha convertido en galope.



El jockey y su caballo en Ascot

# La familia real sentada en el palco real es contemplada por millares de ojos que ni por un instante se olvidaban de los caballos.

Llegamos a la entrada del hipódromo sin aliento, como si fueran a abrirse las puertas de la gloria. En la oficina donde revisan nuestras invitaciones hay señoras vestidas como escoceses con faldas tableadas, severos blazers rojos y azul marino y los inevitables collares de perlas diminutas (casi todas esas señoras tienen el cuello muy corto). Recibimos los distintivos, ostentan con letra manuscrita tipo palmer nuestro nombre y el país del que provenimos, distintivo que nos ha costado una buena cantidad de libras esterlinas. Gastaremos muchas más por el placer de beber unos cuantos tragos, si es champaña mejor, y apostaremos luego por algún caballo desconocido del que nos han hablado como posible ganador y felicitaremos si tenemos ocasión al jockey del que sabemos menos aún, pero a quien hemos visto algunas veces en la tele. No puedo dejar de pensar en *My Fair Lady*, recito *The Rain in Spain*, de manera literal, antes de que Audrey Hepburn lo aprendiese a pronunciar con el impecable acento —*stiff lip*— de la aristocracia.

Buscamos un lugar decente, desde donde podamos ver a la reina, sobre todo a Lady Di; parece algo sencillo, pero no estando acostumbradas a usar sombrero, tenemos que sujetarlo con una mano para que no se lo lleve el viento, operación que las verdaderas *ladies* jamás ejecutan. Una de ellas lleva una chaqueta de seda floreada color zafiro con inmensas flores y un sombrero gigantesco de seda color escarlata adornada con rosas de organza prendidas en el ala, un ala tan inmensa que me tapa completamente el panorama. Me muevo un poco para poder ver; otra dama lleva puesto un sombrero verde en forma de interrogación, le llega hasta las caderas, una versión moderna de Lady Godiva. Logramos instalarnos en un sitio donde los sombreros son un poco más sencillos, aunque abundan los de copa, más altos pero más uniformes y discretos.

Ha llegado la familia real: primero la reina con un traje azul claro muy clásico, sombrero haciendo juego y la cara pálida. La Reina Madre es aún más pálida, con su abrigo de entretiempo, su sombrero verde pistache con flores y velo blanco, fresca como una margarita silvestre desteñida, como un personaje del sur profundo estadounidense, endomingada, parecida a esas señoras puritanas tan bien descritas por Flannery O'Connor, con sus pañuelitos olorosos a lavanda y a verbena para que en caso de ser asesinadas puedan morir con decoro. La reina Isabel se ve cansada; es lógico, son muchos

años de asistir a las mismas carreras, ver a la misma gente, contemplar sin verlos los mismos trajes, los sombreros estafalarios, los reiterados rostros ansiosos que la observan como si fuera un animal prehistórico, y ella preocupada por su familia que empieza a desintegrarse. Quizá lo único que le guste sean sus perros y sus caballos, esos caballos de sangre azul tan fogosos que desmienten la realeza de su propia sangre circulando lentamente por sus venas. Sus guantes de cabritilla son del mismo tono que su vestido, su sombrero y sus zapatos; por eso, porque tiene las manos cubiertas, porque estoy bastante lejos y no he traído mis binoculares, soy incapaz de comprobar si sus manos son las de una verdadera reina o las de una campesina: una pintora, invitada a Buckingham para retratarla, tuvo el honor de contemplar de cerca las manos desnudas de la soberana y aseguró que las tenía hinchadas y rojas como las de una lavandera. El príncipe Felipe se ve distraído, ¿estará pensando en la extinción de las ballenas azules o en la de las mariposas monarca que todos los años vuelan hacia Michoacán, recorriendo enormes distancias? La atención general se dirige obviamente a Lady Di, sonrío con sus dientes muy blancos y perfectos que relucen: pueden admirarse debajo de un sencillo pero refinado sombrero de seda de ala muy ancha y torneada, adornado con delicadas rosas color de rosa, me explica puntualmente Paula: yo no alcanzo a distinguir tanta minucia.

La procesión es torpe, lenta, repetitiva, me distraigo y de repente y sin venir al caso me vienen a la mente y con nostalgia las últimas escenas de una película de Marlene Dietrich. Está a punto de ser fusilada, se ha descubierto que es una espía pagada por el enemigo. Aunque fumaba y colocaba su tabaco en una maravillosa boquilla de marfil y oro, su último deseo no es el de fumarse un cigarrillo como el que todos los condenados a muerte piden antes de morir. Su último deseo, absurdo, piensan sus verdugos, genial, me parece a mí, es tocar el piano, tiene que ser de cola, enorme, para ejecutar allí —la asociación es exacta— la marcha fúnebre de Chopin. Pasa una hora, ensaya varias veces, cuando se equivoca vuelve a empezar, mientras, sus carceleros y verdugos esperan impacientes —pero fascinados también— a que haya finalizado su ejercicio; finalmente exige que le traigan uno de esos trajes negros, de aquéllos con los que cumplió con excelencia su oficio



Hipódromo de Ascot

de vampiresa, un vestido drapeado y sensual que modela sus caderas y hace resaltar su busto finamente velado por un encaje delicioso, el traje le llega hasta las rodillas y deja asomar sus piernas, valuadas en un millón de dólares; es —y lo será siempre— una *vamp*, su sombrero es negro también, de ala asimétrica y un velo de encaje hace juego con el que adorna su pecho y deja entrever sus hermosos y altivos ojos (en Ascot el protocolo prohíbe los trajes negros).

Cuando la cámara se acerca, se advierte el meticuloso maquillaje con que ha ataviado su rostro, sus bien trazadas y depiladas cejas, ese rostro perpetuamente artificial con el que se preparaba diariamente para ejercer su oficio y que en este acto final le enseñará lo que es la muerte que seguramente tendrá sus ojos, esos ojos cuyas pestañas se han alargado concienzudamente con el mejor *rimmel* del mercado y los párpados decorados con una ligera sombra, le darán mayor misterio a su perfecto rostro. Con su vestido maravilloso y sus altos tacones de charol negro camina contoneándose rumbo al paredón y los soldados que han de fusilarla tiemblan de deseo y de pena, temerosos de perder el pulso y ser fusilados en lugar suyo por no cumplir de manera adecuada con sus deberes militares.

Ya ha llegado: Marlene está frente al pelotón de fusilamiento, exquisitamente artificial, la seducción personificada. Con un ademán desdeñoso detiene a los soldados listos para fusilarla; se levanta lentamente la falda, enseña sus célebres rodillas, ajusta las ligas de en-

caje negro que sostienen sus medias y, después, con un movimiento voluptuoso deja caer la falda e indica que está lista. Suenan los disparos y en ese momento se me olvida cómo termina la película: ¿veremos su cuerpo acribillado por las balas? ¿Se le habrá subido un poco la falda y habrá enseñado los muslos? ¿Los balazos la habrán alcanzado en el corazón? ¿Se verá allí una mancha más oscura que enturbia el intenso no color de su vestido de seda? ¿O será que con los balazos se le cayó el sombrero y es su frente la que está ensangrentada?

Los disparos imaginarios me hacen salir de mi ensueño; a mi lado, todavía en Ascot, pues ¿cómo podía ser de otra forma, aunque mi imaginación haya volado y se haya detenido en un mito, el de la bella Marlene, liberal y egoísta, enemiga de los nazis, icono del primer cine alemán, despampanante rubia, unisex *avant la lettre*, domadora de hombres muy hombres, sí, seguimos en Ascot ¡qué remedio! en las carreras tradicionales a las que acude la realeza y la aristocracia, a las que nos han invitado a venir a mi hija Paula y a mí; me llama la atención una agraciada joven con piernas de clase obrera (así se les llama a la mujeres que en Inglaterra tienen las piernas gordas, parecidas a las de un caballo percherón, por ejemplo, Camilla Parker Bowles, la eterna amante del eterno príncipe de Gales, en cuyas extremidades inferiores es imposible distinguir los muslos de los tobillos: recuérdese que estamos en las carreras y que los caballos de raza se caracterizan por sus piernas alargadas y esbeltas: no cabe duda de que el príncipe Carlos tiene algo de plebeyo. Recuerdo en este instante unas fotos que acabo de ver en los anuncios de Internet, unas fotografías que muestran cómo los comerciales de la moda se alteran con *photoshop*, en uno de ellos aparecen las piernas gordezuelas de una modelo de moda, del tipo de las de Marlene Dietrich, piernas tan bellas y torneadas, carnosas, sensuales, ya discontinuadas en nuestro tiempo en que la belleza es escuálida; al lado, se aprecia la alteración que esas mismas extremidades inferiores han sufrido mediante un procedimiento digital, son ahora unas piernas esbeltas, excesivamente delgadas, algo menos que las de Angelina Jolie, casi inexistentes y calzadas con zapatos de desproporcionado tacón que la convierten en un elegante zancudo, a pesar de su hermosísimo y sensual rostro: no hay que olvidarlo, estamos en la época

Estamos en la época de las modelos anoréxicas, cuyo aspecto recuerda a las hormigas o a las pulgas vestidas de los circos.

# De repente, los movimientos sinuosos de la gente nos advierten que el gran acontecimiento está a punto de empezar.

de las modelos anoréxicas, cuyo aspecto recuerda a las hormigas o a las pulgas vestidas de los circos).

Interrumpo la digresión, retomo mi relato: observo a la joven agraciada, la de las *working class legs* (piernas de clase obrera), veo cómo admira, absorta, la procesión repetitiva e insulsa (Paula y yo también la observamos) de figuras vestidas con trajes de etiqueta color gris claro, corbatas de discreta seda y sombreros de copa (alquilados o propios), caras ruborizadas, cinturas delgadas, enormes panzas, amplias faldas de tafeta tornasolada, medias de encaje, flores azules, malva, verde Nilo, confeccionadas con organza, tul, crepé, cuellos de piqué, collares, anillos, diamantes, piernas enfundadas en medias transparentes y calzadas con zapatos de anchos tacones y, de nuevo y sobre todo, muchos, muchísimos sombreros.

La familia real sentada en el palco real, separada del vulgo por una vidriera a prueba de balas, es contemplada por millares de ojos que ni por un instante se olvidan de los caballos. En los palcos alledaños, sin ninguna protección, se alinean los embajadores y los funcionarios menores acompañados por sus ensombreradas esposas y quizá también en alguno de ellos se encuentre Camilla Parker mirando con el rabillo del ojo a su amante, el príncipe Carlos, sentado al lado de la atractiva joven rubia de ojos azules y dientes de perlas, su eterna rival, sin saber que quizás algún día ella también ocupará un sitio de honor en el palco real, junto a la reina, el príncipe Felipe, sus cuñados, y sus entenados, los hijos de Diana y del príncipe Carlos, quien finalmente se convertirá en su esposo: bella lección de perseverancia y de modestia aristocráticas. En las orillas del hipódromo, la plebe —nosotras— colocando nuestras esperanzas en algunos caballos o en cierto jockey, las copas de champaña ya vacías en una mano y con la otra sosteniendo el sombrero, como turistas que sólo han tenido una semana para visitar Londres y no pudieran perderse el cambio de guardia en Buckingham Palace, obligadas a fotografiar a los soldados ataviados con sus uniformes tradicionales, sus altos gorros de piel de oso, sus faldas escocesas y sus botas de charol, aunque sea verano, y rogarle después a cualquier transeúnte que a su vez nos fotografíe junto a los soldados. Algunos guardias van montados en caballos árabes de pura raza que cagan sin cesar, dejan caer en el suelo un humeante y espeso mojón café oscuro, mientras los rostros marcia-

les carecen de expresión y gruesas gotas de sudor les ruedan por la cara.

Se está haciendo tarde, la familia real se prepara para regresar a Buckingham y nos apretujamos para verlos partir. La multitud con sus sombreros dislocados monta en sus Rolls Royce (la crema de la crema de los automóviles), los Bentley, los Masserati, los Jaguar y nosotras ocuparemos en breve nuestra *limousine* alquilada de veinte plazas. La procesión de carros majestuosos en nada difiere de la que se estaciona en la calle Tregunter Road donde vivo —la T debe pronunciarse de manera muy explosiva— y también varios magnates petroleros de los Emiratos Árabes y en cuyas aceras se alinean, ostentosos, los Jaguar plateados, los Lamborghini negros y los majestuosos Rolls Royce, los Alfa Romeo: estamos en el lado elegante de la calle que se encamina hacia Chelsea, en esa calle donde también vivimos Paula y yo, del otro lado, cerca del metro de Earl's Court, un barrio mucho más plebeyo.

Los choferes esperan abriendo con reverencia las puertas de sus carrozas para que los duques, los marqueses, los barones o los simples caballeros aborden sus imponentes coches. Cansadas y sedientas montamos en nuestra *limousine* estacionada en el parque exterior del hipódromo.

Regresamos a Londres, exhaustas y acaloradas, con los sombreros en la mano y la cara bronceada: ha sido un día excepcionalmente soleado en Inglaterra. **□**



Moda en el hipódromo